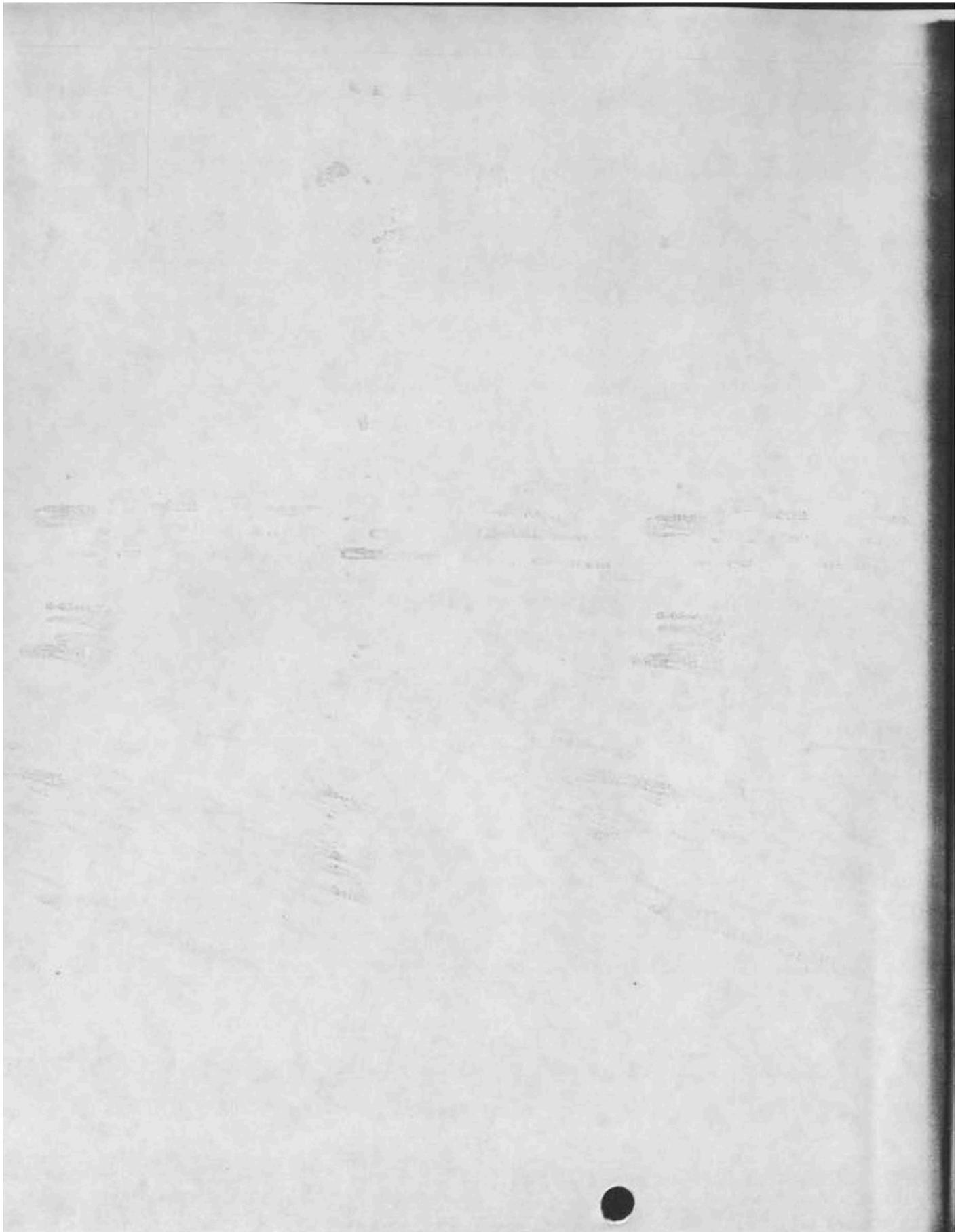


POETAS MUSULMANES CORDODESES



Poetas Musulmanes Cordobeses

Dícese que a un hombre del Jorasán le preguntaron su juicio sobre los poetas de la Andalucía musulmana y que contestó con este verso del Motanabí:

Maravillado quedo, en torno de sus moradas, al ver
surgir en ellas soles, sin que haya en ellas Oriente (1).

No es raro encontrar metáforas como ésta, en que, para ponderar la extraordinaria valía de los poetas andaluces, se les llama «soles de Occidente». Más estos astros que erraron su órbita llevaron en el pecado de su peregrina rareza la dura penitencia de un ocaso perpetuo. ¿Qué aspecto de nuestro pensamiento o de nuestro arte es más desconocido que el de la poesía arábigoandaluza, con ser ésta la más fina expresión de una cultura, que, además, en este caso, fué, sin rival, la más exquisita de toda la Edad Media? Sabemos casi más de un solo poeta hispanolatino que de los centenares de poetas hispanoárabes que aun en los siglos XIII y XIV eran ornato de Andalucía. Vale, pues, la pena de buscar con el telescopio de la ciencia el rastro de estas estrellas extraviadas. Y ciertamente que ningún lugar es más propio para ello que el que nos ofreceis entre vosotros, herederos de las reliquias memorables que fueron un día la Córdoba de los Califas.

Ni el carácter oral de esta exposición, ni el tiempo de que dispongo, ni el temor de abusar del inmerecido crédito de atención con que me distinguís, me pueden permitir ocuparme de todos los innumerables poetas cordobeses musulmanes. Vano empeño fuera intentario. Tampoco lo consentiría—justo es decirlo—el estado actual de estos difíciles estudios. Debo limitarme, pues, a un análisis somero de la vida y obra de los más significativos cantores de Córdoba, exento de pormenores técnicos, que

(1) *Risala* del Xecundi, apud Almacari, *Analectes*, II, 149-150.

sólo podrían explanarse en una disertación de otra índole, en la que el rigor científico obligaría a tener en cuenta datos de otros literatos, ahora excluidos, al ocuparme, un poco artificialmente, de los poetas de una sola ciudad. Con motivo de la publicación de un manuscrito de poetas andaluces, obra de Abensaid, espero tener en breve ocasión de llevar a cabo este propósito en la pobre medida de mis fuerzas (1).

Las mismas causas me obligan a no hablaros de un problema que, en una disertación de carácter técnico, sería imprescindible: el problema de los orígenes. Mientras, como hasta ahora, nos limitemos a recoger de acá y de allá unas cuantas noticias biográficas y unos cuantos versos; mientras no se realice una labor de investigación de la prehistoria, semejante a la que en la filosofía hispanomusulmana ha llevado a cabo magistralmente Asín en sus trabajos, sobre todo en las páginas de *Abenmasarra* (2), la historia de la poesía andaluza carecerá de arquitectura científica. Me refiero, naturalmente, sólo a la poesía de tipo clásico, cuyos modelos, escuelas y modas venían del Oriente —algo parecido a lo que ocurrió con nuestras letras en América—, depositando, poco a poco, en Andalucía los gérmenes que un día permitieron un espléndido florecimiento autóctono. Cuando Abderrahmán I, al venir de Siria, cantaba a la palmera que plantó en Córdoba:

يا نخل انت غريبة مثلي * في النرب نائية عن الامل

¡Oh, palmera! Tú eres como yo, extranjera en Occidente, alejada de tu lugar de origen (3).

no sólo eran extranjeros el príncipe y la palmera, sino también la poesía en que la cantaba. Cosa muy distinta es la otra poesía popular de los *zêjeles* y *moaxahas*, tan certeramente estudiada por Ribera (4). Gracias a él conocemos su origen indígena

(1) Di noticia de este códice y traducción de algunos fragmentos en mi artículo *Poemas arábigoandaluces*. (*Revista de Occidente*, n.º LXII, Agosto 1928, págs. 177-203).

(2) *Abenmasarra y su escuela. Orígenes de la filosofía hispano-musulmana*. (Madrid, Maestre, 1914).

(3) Abenalabar, Al-hollato's-siyarâ, apud Dozy, *Notices sur quelques mss. arabes*. (Leyde, Brill, 1847-1851), pág. 34.

(4) En sus estudios *El Cancionero de Abencuzmán y Epica andaluza romanceada*, apud *Disertaciones y opúsculos*, (Madrid, Maestre, 1928), I, páginas 1-150.

andaluz, sabemos que el poeta que la dió carta de naturaleza fué Mocádem de Cabra, y sólo nos falta redactar definitivamente el censo de sus cultivadores y analizar en detalle las colecciones de sus poesías (1). Una labor análoga es la que está por realizar con la poesía de tipo clásico. La empresa no es, ciertamente, fácil. Las más célebres antologías de poetas arábigoandaluces que se conservan—las de Abenbassam, Abenjacán, Abensaid, Abenalabar, Safuán ben Íris, Almacari, etc.—, sólo por excepción se ocupan de algún poeta a los días del Califato. Los libros y las antologías de los poetas más antiguos se han perdido casi todos. Hacen falta, pues, pacientes búsquedas, para ir recogiendo poco a poco los datos dispersos que nos permitan reconstruir la historia de los primeros tiempos de la poesía andaluza y puntualizar los indudables y sucesivos influjos que ejercieron en ella los libros y las personas que vinieron del Oriente.

No se crea, por ello, que yo considero la civilización andaluza musulmana como una simple secuela, como un desarrollo colonial, diríamos, del Oriente. Cabalmente, abundando en las opiniones que, de un modo tan sugestivo como exacto, ha expuesto Ribera a lo largo de toda su obra, hay que reaccionar contra el difundido tópico de denominar «árabes españoles» a un pueblo que, en su mayoría, apenas llevaba en sus venas sangre árabe, que hablaba familiarmente romance, que mantenía vivas muchas tradiciones occidentales, que no dejaba de ser español porque se hiciera musulmán, y que muy pronto mantuvo su independencia política y cultural contra el Oriente, y rivalizó con él (2). Mas nadie podrá negar, por otra parte, que del Oriente nos vinieron conquistadores, lengua, religión y cultura, que de allá nos vinieron los Omeyas, y que, si después hubo en España músicos y poetas iguales y aún mejores que los orientales, fué porque un día nos vinieron a España los divanes y las gramáticas de Siria y del Irac, porque el Calí y el Azdí nos enseñaron la retórica, y porque con Ziriab y el *Qúitab alagani* entraron en España las tradiciones musicales de Bagdad. La estadística de estas aportaciones y la medición de

(1) Un avance es, sin embargo, el libro de Hartmann *Das arabische Strophengedicht. I, Das Muwassah* (*Semitische Studien*, Weimar, Felber, 1897).

(2) Cfr. mis artículos sobre la obra de Ribera: *Sobre el islam español* (*Revista de Occidente*, n.º LXI, Julio 1928) y *Ribera y los estudios árabes en España* (*Investigación y progreso*, año II, n.º 9, Septiembre 1928).

su influjo son indispensables para elaborar, sobre base científica, la historia de la literatura andaluza.

Como ejemplo de lo expuesto, y porque ha de servirnos para conocer el ambiente de la Córdoba del Califato, aludiré brevemente, en lo relativo a la poesía, ya que por extenso se han de ocupar de él labios más autorizados que los míos, a un caso típico de esta influencia del Oriente. El gran arabista francés Massignon ha estudiado magistralmente las causas de toda índole—más nobles y menos nobles—que produjeron en la refinada corte de Bagdad el nacimiento del mito del amor platónico, que en árabe se llama *amor odrí* (الحب العذري), nombre tomado de la tribu de los Benu-Odra, es decir, los «Hijos de la Virginidad», entre los cuales se dieron numerosos casos de amores castos y románticos, cuyo prototipo son los de Chamil y Bostaina. El teorizante de este mito fué Abendaud de Ispahan en su كتاب الزهرة o *Libro del planeta Venus* (1). Un fenómeno parecido se produjo, como veréis, el día próximo, en la Córdoba de los Califas (2). ¿Independientemente? De ninguna manera. Se trata de un simple reflejo del movimiento de Bagdad. Un literato de Jaén, Abenfárach, que vivió en tiempos de Alháquem II (3), compone, a imitación de Abendaud, su كتاب الحدائق o *Libro de los huertos*, desgraciadamente perdido, y que tiene la importancia de haber sido el precedente de la ذخيرة de Abenbassam. Las composiciones que conocemos de Abenfárach nos muestran hasta qué punto se había apropiado las ideas de su modelo. Suya es la célebre «casida casta», en la que dice:

Aunque estaba pronta a entregarse, me abstuve de ella,
y no obedecí la tentación que me ofrecía Satán...

Puse al precepto divino que condena la lujuria como
chambeían que guaróase las puertas de mi pasión, para
que mi instinto no se rebelase contra la castidad.

Y así pasé con ella la noche como el pequeño camello
sediento, a quien el bozal impide mamar.

Tal un vergel, donde para uno como yo no hay otro de-
leite que el ver y el oler.

(1) Massignon, *Al-Hallaj, martyr mystique de l'Islam* (Paris, Geuthner, 1922), I, 160-182. Asín, *La escatología musulmana en la Divina Comedia* (Madrid, Maestre 1919), págs. 347-349.

(2) A más de la conferencia de González Palencia, cfr. Asín, *Abenházam de Córdoba*. (Madrid, 1927), I, 50-62.

(3) Murió, encarcelado por el Califa, en 365, 976. Cfr. Pons, *Ensayo*, n.º 36; Dozy, *Notices*, passim; *Bibl. Arab.-Hispan.*, III, biog. 331.

Que no soy yo como las bestias abandonadas que toman los jardines como pasto (1).

El amor de los «Hijos de la Virginidad» tuvo fortuna en España y, entre la numerosa literatura que produjo y que no me corresponde reseñar aquí, destacaré sólo unos versos de Abenmotárrif (2) que muestran a las claras hasta qué punto se daban cuenta los platónicos amantes españoles del origen de sus teorías:

Yo soy como quieres y deseas, un amante apasionado,
un poeta ilustre, noble, generoso.

El Irac me ha amamentado al pecho de su amor; Bagdad me ha conquistado con su mirada.

Cuando el dolor se prolonga, cuando la vigilia se apodera de mis párpados, mi propio sufrir me sirve de descanso.

Método, éste, que fundó Chamil, y cuya rigidez aumentaron los que, como yo, vinieron después (3).

Las alusiones a Bagdad, al «amor de Irac» y al «método de Chamil» no dejan lugar a dudas en cuanto a la filiación oriental del *amor odri* del poeta.

Asimilando tantos y tan variados elementos, y fundiendo los extranjeros con los indígenas, lo mismo en cultura que en política, se iba poco a poco formando la gran civilización andaluza. Socialmente, gentes separadas por abismos de lengua, de raza, de religión, de mentalidad, se iban uniendo estrechamente, merced a una política, hábilmente llevada, prolongada sutilmente hasta los últimos extremos. Si Sara la Goda, descendiente de Vitiza, acude a Abdierrahmán I, para que la dé un marido musulmán que la defienda de sus parientes, el príncipe se apresurará a complacerla, seguro de que la prole de estos matrimonios ha de enlazar la vanidad de la materna progenie gótica, que llevará en el apellido, con el orgullo de la religión musulmana, en que será educada. Esta progresiva mixtión de los elementos cristianos y musulmanes—al producir emulaciones, al exigir tolerancia, al imponer normas de convivencia—elevó la atmósfera moral del Ca-

(1) El texto en Almacari, *Analectes*, II, 133. Mi traducción se publicó ya en *Poemas arábigoandaluces*, núm. 15.

(2) Poeta granadino del s. XIII (VII hég.)

(3) El texto en Almacari, *Analectes*, I, 878. El segundo verso, que falta en Almacari, consta en el ms. de Abensaid, cuya edición preparo.

lifato omeya de España a extremo de cristalinidad perfecta (1). No es que la árdua y gigantesca empresa dejase de ofrecer dificultades. Un día, bajo el cetro del fastuoso Abderrahmán II, el príncipe que trajo a Ziriab, una noble minoría de mozárabes españoles se sentirá ahogada por el creciente influjo del islam, menoscabada por las defecciones de sus fieles que apostataban la fe de Cristo, y, capitaneada por Eulogio y Alvaro, se debatirá heroicamente, abultando una intolerancia que de hecho apenas existía y provocando hermosos martirios que han podido por algunos ser calificados de suicidios (2). Otro día, los españoles musulmanes, odiados por sus hermanos de sangre, los cristianos del Norte y separados del resto de los secuaces del islam, sus hermanos de religión y de cultura, juzgarán inestable su posición e intentarán—con Abumeruán el Gallego, con los Benicasi, con el gran Abenhafsún—una vuelta al cristianismo, poniendo en grave aprieto el trono de los Emires de Córdoba (3). Más la sagaz política omeya triunfó definitivamente con Abderrahmán III el Násir, fundador del Califato cuyo milenario conmemoramos (929). Córdoba llega a ser esa ciudad encantada, cuya descripción por los autores árabes juzgan algunos hiperbólica; la primera de Occidente y capaz de rivalizar con Bagdad. Crece la Mezquita, no sólo en naves de columnas y lámparas de bronce, sino también en sabios de todo el mundo islámico que explican bajo sus naves; arriban las grandes embajadas; rutilan los palacios y los baños; florecen los verjeles; trabájanse en los talleres cueros, armas y marfiles; álzanse los esbeltos minaretes, sobre los cuales, como los cucos de los relojes, asoman a horas fijas los almuédanos, semejantes a estilitas sobre sus columnas.

(1) Cfr., sobre estos extremos, mi artículo *Abenalcotia y Abenházam*, (*Revista de Occidente*, n.º XLVIII, junio 1927, págs. 368-378).

(2) La cuestión de los mozárabes surge siempre que hay que ocuparse de la civilización cordobesa. Las opiniones extremas, para simplificar la bibliografía, pueden verse, la una, en Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, II, caps. VI-IX, y la otra en Simonet, *Historia de los mozárabes de España* (Madrid, 1897-1903), y en el bello libro del P. Justo Pérez de Urbel *San Eulogio de Córdoba* (Madrid, Voluntad, 1928). Para discutir científicamente el asunto, véase previamente el magistral artículo de Sir T. W. Arnold, *Toleration (Muhammadan)*, en el *Dictionary of Religion and Ethics* de Hastings. Extraordinariamente sugestivo es el capítulo LXII, *Reflejos cordobeses*, dedicado a este tema, de *La novela de España* (Madrid, 1928) del maestro Gómez-Moreno.

(3) Cfr., sobre esta crisis del islamismo andaluz, Ribera, *Disertaciones y opúsculos*, I, 74 y sigts. y mi recensión, antes citada, *Sobre el islam español*.

Si Bagdad tuvo, tras de Harún Arraxid, un Almamún, Córdoba tuvo también, tras del gran Abderrahmán, un Alháquem II. Más de su corte literaria os ha hablado ya, no hace mucho, quien tiene para ello competencia (1).

La importancia de Córdoba como centro poético durante estos días del Califato, es evidente. Más tarde veremos a los poetas esparcidos por diferentes cortes y, más tarde aún, errantes al azar; pero ahora aparecen congregados en la ciudad que era suntuosa corte única y capital del imperio. Había, como es lógico, poetas entre los allí congregados, de todas las regiones de España, y aún de apartados países del mundo islámico. Ahora debo limitarme a hablaros brevemente tan sólo de los naturales de Córdoba.

El primer poeta cordobés que alcanza una reputación universal en el islám, mereciendo ser comparado al Motanabi, es Abu-omar Ahmed ABENABDERRÁBIHI, el célebre autor del كتاب العقد o *Libro del collar*, enciclopedia literaria musulmana (2). Abenabderrábihi no es poeta fácil o espontáneo, lleno de esa flúida cordialidad que hace deliciosos, por ejemplo, los versos de Al-mótamid o de Abenamar; antes bien, empapado de esencias orientales, sin ninguna característica española, es, como también en mayor grado, Abenhani, un poeta pomposo y engolado, que usa de juegos de palabras como cuando nos habla de la bella que «sostenía el vino en la palma de su mano; mano de rosa que llevaba un agua rosada», o emplea los colores brillantes al describirnos «los jazmines de plata y los narcisos que parecían discos de oro en tallos de crisólito». Célebres e imitados son los versos en que describe la tez de una mujer:

Jamás vi ni oí cosa como ésta: una perla que por el pudor se transforma en cornalina.

Tan blanca es su cara, que, cuando contemplas sus perfecciones, ves su propio rostro sumergido en su claridad (3).

(1) Cfr. Melchor M. Antuña, O. S. A., *La corte literaria de Alháquem II en Córdoba*, conferencia leída el día 5 de Diciembre de 1928 en la Real Academia de Córdoba. (San Lorenzo de El Escorial, 1929).

(2) Nació en 246/860; murió en 328/940. Cfr. Bröckelmann, *Geschichte der arab. litt.*, I, 154. Su obra ha sido impresa en El Cairo (3 vols. 1293-1305 hég.)

(3) El texto en Almacari, *Analectes*, II, 382. Estos versos fueron imitados por Abenalcábila de Ceuta.

Cháfar ben Otsmán EL MOSHAFI, visir de Alháquem II (1), nos muestra hasta qué punto se hallaba en Córdoba difundido el gusto por la poesía, y era posible conciliar su cultivo con el manejo de los áridos negocios del Estado. Suyo es este delicado madrigal:

Cuando me habló, dije: «Han caído unas perlas», y ella creyó que lo decía porque se le había roto el collar.

Mas al verlo intacto, comprendió el cumplido y sonrió orgullosa, y entonces su sonrisa me hizo ver otra fila de perlas (2).

No es preciso que me detenga a explicar las causas del influjo que los poetas han ejercido en las cortes árabes. Su protección por los monarcas no era solamente generosidad de ilustrados Mecenas: tenían también conciencia del papel eminentemente político que, desde la prehistoria del islam, han ejercido en él los poetas (3). De otra parte, la necesidad de lujo y de magnificencia que se experimenta en la corte de un Estado rico, culto y poderoso, no podía en las cortes islámicas salir al exterior en manifestaciones artísticas que prohíbe la ley de Mahoma. Podían, si, elevarse suntuosas construcciones, como el palacio de Azahra; pero, para animarlas, al monarca musulmán le estaba legalmente prohibido emplear las pinturas, las estatuas, las sesiones musicales (aunque, naturalmente, contra la ley, se usasen muchas veces) y le eran desconocidas las representaciones teatrales. Una suntuosa *casida* ditirámica en honor de un califa sustituye, pues, en cierto modo teórico, a lo que en tiempos posteriores había de ser un retrato de corte; y la musicalidad de sus versos, la plasticidad de sus imágenes, el movimiento de sus frases, debían suplir, en cuanto esto es posible, conciertos, cuadros y pantomimas. Unase a esto el innato gusto que los orientales sienten por la poesía—que no ha perdido, como entre nosotros, en su literatura el papel principal que desde el comienzo tuvo—y podrá comprenderse fácilmente el favor de que disfrutaban los poetas en la singular corte de los Califas de Córdoba.

No sólo ministros, como el Moshafi, dedicaban sus ocios al cultivo de la literatura. Casi todos los miembros de la familia

(1) Murió en 372/982. Cfr. Dozy, *Notices*, 141-147.

(2) El texto en Dozy, *Notices*, 143.

(3) Cfr. Cour, *Ibn Zaidoun*. (Constantine, 1920), pág. 109 y sigts. y la bibliografía que cita.

compusieron apreciables poemas, si bien ninguno de ellos llegó a la altura de un biznieto de Aberrahmán III, Meruán, conocido por el nombre de EL TALIC (الطليق), esto es, el Príncipe Amnistiado (1). Pocos poetas de esta época pueden ser más representativos del arte literario del Califato que este desgraciado príncipe, cuyo nombre es casi totalmente desconocido. Educado con todo el regalo debido a su cuna en medio de aquella juventud brillante, a la que pertenecían los poetas que citaremos después; amigo de los ilustres vates cordobeses los Tobníes, Meruán sintiose contagiado de aquel amor romántico—moda literaria a la sazón reinante en Córdoba, donde el tipo ideal de mujer era la andaluza rubia, vestida de blanco hasta para el cuello—y concibió, aun en la adolescencia, una profunda pasión por una esclava de su casa. Prometióle su padre que aquella esclava sería para él; más, pasado algún tiempo, tomola para sí. La tempestad de celos que esta conducta paterna suscitó en el espíritu del príncipe tuvo un trágico desenlace: un día entró, ciego de pasión, en la cámara del palacio en que se encontraba la esclava con su padre, y asesinó a éste con su propia espada. Consterónose toda Córdoba y el gran Almanzor le recluyó en la cárcel. Tenía entonces dieciseis años.

El mismo nos ha descrito su prisión:

 Mi calabozo es negro y lóbrego, como la noche; oscuro en los contornos, pero del todo tenebroso en el centro.

 Y, mientras que él es negro, las blancas flores le rodean por fuera, del mismo modo que la tinta está encerrada en un tintero de marfil.

En él pasó nuestro poeta otros dieciseis años de su vida, y su sola presencia era un alivio para los demás reclusos que gozaban de su compañía. Cuando Abenmasud el Gasani fué también condenado a prisión por haber incurrido en el enojo de Almanzor, al encontrarse con Meruán, escribió unos versos en que decía:

(1) Textos utilizados en lo referente al Talic: Abenházam, *Tauk al-hamama* (ed. Pétróf), pág. 27.—Adabi, *Bogiat almoltamis* (ed. Codera), biog. 1343.—Abenalabar, *Al-hollato's-siyarâ* (extr. Dozy), págs. 114-118.—Marrecoxi, *Mochib* (ed. Dozy), págs. 153-154.—Almacari, *Analectes*, II, págs. 133, 264 y 398-399.—Asín, *Abenházam de Córdoba*, I, 103.—García-Gómez, *Poemas arábigo-andaluces*, pág. 187 (corrijase la atribución de los versos en la pág. 183).—Murió el año 400/1009.

Mis enemigos han querido castigarme; pero no se han dado cuenta de que lo que han hecho es lo contrario del castigo.

La salida del príncipe de la cárcel impresionó vivamente la imaginación popular y no tardó en verse rodeada de un halo legendario. Según unos, le fué inspirada a Almanzor por Mahoma. Según el Marrecoxi, habiendo escrito Meruán un memorial al privado, solicitando su gracia, Almanzor se entretuvo en arrojársele, junto con otros papeles de la misma índole, a un avestruz domesticado que tenía en su palacio; más el avestruz rehusó tragárselo, colocándolo repetidas veces en el regazo del ministro, hasta que éste, sorprendido, lo leyó y perdonó al poeta. Desde entonces se le llamó *Talic en na-ama* (طلبة النعمة), «el amnistiado por por el avestruz».

De su labor poética nos quedan algunos fragmentos conservados por Abenalabar y Almacari. Su pieza más célebre es la *casida en caf*, verdadera muestra del arte literario califal. Describe en ella a una mujer—rubia, naturalmente—en una fiesta báquica.

Su talle flexible era una rama que se balanceaba sobre el montón de arena de su cadera, y de la que cogía mi corazón frutos de fuego.

Los rubios cabellos que se asomaban por sus sienas dibujaban un *lam* en la blanca página de su mejilla, como oro que corre sobre plata...

Y pinta luego el momento en que la bella se lleva la copa a los labios:

El vaso lleno de rojo néctar era, entre sus dedos blancos, como un crepúsculo que amaneció encima de una aurora.

Salía el sol del vino, y era su boca el poniente, y el oriente la mano del copero, que al escanciar pronunciaba fórmulas corteses.

Y, al ponerse en el delicioso ocaso de sus labios, dejaba el crepúsculo en su mejilla.

Es imposible que me detenga a estudiar todos los poetas de la corte literaria de Almanzor, entre los que descuella aquel Saíd de Bagdad, de quién Dozy, en su *Historia*, nos cuenta tan divertidas anécdotas (1). La importancia que he concedido al Talic

(1) *Histoire des musulmans d'Espagne*, III, cap. XII.

me excusará de tratar sólo brevemente de tres poetas cordobeses que se distinguieron en las descripciones agradables y flúidas y destacaron en las rimadas agudezas. Uno de ellos es el célebre RAMADI (1), de cuyos interesantes lances biográficos os hablará mañana el señor González Palencia. De él se conservan bastantes fragmentos. El manuscrito de Abensaíd, cuya traducción preparo, inserta de él solamente estos dos versos sobre un mancebo, esclavo sin duda, al que rasuraron la cabeza:

Le rasuraron la cabeza para vestirle de fealdad, por celos y por miedo que tenían de su hermosura.

Antes de que le rasuraran, era noche y aurora, y han borrado la noche y le han dejado en aurora.

Un poco posterior es OBADA BEN MAASAMA (2), que compuso también poesías en el tipo popular de los *zéjeles*. He aquí una muestra de sus versos en éstos, alusivos al vino:

Yo digo al copero: «Dame sus primicias; cámbiame la plata por el oro del vino.

En él ahogo mis penas, y luego sobrenadan encima de él, como espuma, las burbujas, que parecen los blancos dedos de un bebedor empedernido que retuviese eternamente la botella en su mano (3).

El otro poeta es el magnate y *cátib*, o secretario, ABEMBORD, llamado «el chico», para diferenciarle de su abuelo que llevaba el mismo nombre (4). Amigo de Abenházam y de Abenzeidún, merece ser citado por sus elegantes poesías, de las que puede juzgarse por la siguiente:

La luna es como un espejo cuyo alinde ha sido empañado por los suspiros de las doncellas.

Y la noche se viste con la luz de su lámpara, como la negra tinta se viste con el blanco papel (5).

(1) Yúsuf b. Harún el Ramadi murió en 413/1022. Cfr. *Bibl. Arab.-Hispan.*, I-II, biog. 1376, y III, biog. 1451; Abenjalicán, *Uafayat alayán*, III, 534, y Almacari, *Analectes*, II, 247, 248 y 440.

(2) Es incierta la fecha de su muerte. Abenpascual la fija en 419/1028; otros en 416/1025, o en 421/1030. Cfr. Pons, *Ensayo*, núm. 78; *Bibl. Arab.-Hispan.*, I-II, biog. 963 y III, biog. 1123. Figura en el *Matmah* de Abenjalicán.

(3) El texto en el ms. de Abensaíd y en la primera parte de la *Dajira* de Abenbassam.

(4) Murió en Almería en 445/1053, según consta en la biografía de su padre (*Bibl. Arab.-Hispan.*, V-VI, biog. 435). Su propia biografía puede verse en *Bibl. Arab.-Hispan.*, III, núm. 354. Su abuelo, llamado *el Grande* o *el visir*, murió en Zaragoza en 418/1027: Cfr. *Bibl. Arab.-Hispan.*, I-II, biog. 72, y III, biog. 387.

(5) El texto en el ms. de Abensaíd.

Mención especial, aunque no era propiamente cordobés, merece EL CASTALLI (1), nacido en una ciudad llamada Cazalla, cerca de Jaén (hoy, sin duda, Cazalilla o Castellar), de nombre, Abendarrach. En pocos poetas andaluces de esta época puede apreciarse un parecido vigor imaginativo y una elocución tan elegante. El célebre Tsaalabi, en su *Yatima* يتيمة, dice que era en Andalucía lo que el Motanabi en Siria. El autor del *كتاب البديع* كتاب البديع o *Libro peregrino sobre la estación de la primavera*, sostiene que una de las metáforas creadas por los andaluces (مختراعات) es la siguiente de Abendarrach sobre la azucena:

Las manos de la primavera han amurallado, encima de los tallos, los castillos de la azucena; castillos con aizenas de plata, y donde los defensores, agrupados en torno al príncipe, tienen espadas de oro (2).

Y muestra de su poderosa imaginación, lindante a veces con la extravagancia, son estos versos, en que para decir que viajó veinticuatro horas, es decir una noche y un día, exclama:

Esforzándome en el viaje pasé toda la noche, desde que ésta era un mancebo en la flor de la edad, hasta que le salieron las canas del alba; y llegué a un blanco día, al que acompañé desde que era mancebo, hasta que con la noche le salió el negro bozo (3).

Aún en la época del Califato, pero ya en los agitados días que precedieron a su caída, réstame hablar de un pequeño grupo de poetas que rigió a la par los destinos literarios y políticos de Andalucía, si bien estos últimos por poco tiempo, y que cerró con broche de oro los mejores momentos de la España musulmana. Tras la revuelta de julio del año 1023 (414 hég.) para sacudir el yugo de los hamudíes, el 1.º de diciembre de dicho año los cordobeses, por elección que se verificó en la Mezquita, restauraban por tercera vez la dinastía Omeya en la persona de un hermano del Mahdí, Abderrahmán V, que tomó el título califático de Almostádir. El nuevo y joven Califa eligió

(1) Abuomar Ahmed Abendarrach el Castalli nació en 347/958 y murió en 421/1030. Cfr. *Bibl. Arab.-Hisp.*, I-II, biog. 75, y III, biog. 342; Abenjalican, *Ulayat alayán*, I, 72 (trad. Slane, I, 120).

(2) El texto en Almacari, *Analectes*, II, 132.

(3) El texto en el ms. de Abensaid.

como visires a Abuámir Abenzohaid, Abulmoguirá Abenházam y Abumoháméd Abenházam, primo hermano del anterior (1). Córdoba viose regida, aunque sólo por dos meses, al cabo de los cuales una revolución los depuso, asesinando al Califa, por sus mejores y más jóvenes poetas, formados en el más exquisito ambiente, frutos de la más depurada cultura. El califa ABDERRAHMÁN era un delicado poeta. Inspirándose en un poema del Guagua de Damasco, compuso estos versos que, en opinión de Abensaid, «indican verdaderamente que el que los compuso fué un rey»:

Las noches son para mí más largas, desde que te
 empeñaste en alejarme de tu lado,
 ¡oh gacela, que demora la ejecución de la promesa
 y que no cumple la palabra que me dió!
 ¿Es que has olvidado el tiempo en que pasábamos
 la noche juntos sobre un lecho de rosas, mientras las
 estrellas del horizonte brillaban como perlas sobre la
 pizlázuli? (2)

ABENXOHAID (3), de la más noble alcurnia cordobesa, nieto de un visir del primer Califa, era erudito historiador y cantor elocuente. Suyos son aquellos célebres versos, mal traducidos por Simonet, (4), en que describe una iglesia mozárabe de Córdoba y los oficios que en ella se celebraban. Suyo es también este poema, inspirado en un verso de Amrulcáis, en que trata un tema—el del amante que se acerca cautelosamente a la amada dormida—frecuente en la literatura árabe:

Cuando, llena de su embriaguez, se durmió y se durmieron los ojos de la ronda,
 me acerqué a ella tímidamente, como el amigo que busca el contacto furtivo con disimulo.
 Me arrastré hacia ella insensiblemente, como el sueño; me elevé hacia ella dulcemente, como el aliento.
 Besé el blanco brillante de su cuello; apuré el rojo oscuro de su boca.

(1) Cfr. Asín, *Abenházam de Córdoba*, I, 78 y sigts., Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, III, 334 y sigts.

(2) El texto en el ms. de Abensaid.

(3) Abuámir Ahmed b. Abdelmélíc Abenxohaid nació en 382/992, y murió, tísico, en 426/1034. Cfr. Abenjalicán, *Ufayat alayán* (ed. Cairo), I, 60-61; *Bibl. Arab.-Hispan.*, III, biog. 440. Benalatrir consigna la fecha de su muerte en su *Chronicon* (ed. Tornberg), IX, 303.

(4) En su *Historia de los mozárabes de España*. (Madrid, 1897-1903), páginas 820-821.

Y pasé con ella mi noche, deliciosamente, hasta que
sonrieron las tinieblas, mostrando los blancos dientes
de la aurora (1)

Y en cuanto a ABULMOGUIRA (2)—conocido por la anécdota,
narrada por Dozy, en la que figura bebiendo en Azáhira en
compañía de Almanzor y de una esclava de éste, enamorada de
aquél (3)—también es autor de numerosos poemas, entre los que
figura el siguiente:

Cuando veo a los cuernos de la luna enfrente del alba,
que asoma en conjunción con Venus, lucero de la mañana,
pienso, y mis propios ojos confirman la comparación,
en el curvo bastón de juego que viene a dar a la pelota (4)

Mención aparte merece la gigantesca figura de ABENHÁZAM (5).
Ningún hombre más simbólico—salvo, quizás, Averroes—produjo
la cultura cordobesa. Ayer vistéis lo que representa como filó-
sofo, como teólogo, como jurista; como pensador de ideas mo-
dernas y audaces y de palabra precisa y tajante; como pole-
mista y escolástico, de una escolástica viva, con insultos, dis-
tinta de la que enterraron luego, fría, muerta, empedrada de
ergos, en los mausoleos de las *Summas* y en los nichos de las
Summulas. Mañana oiréis lo que significa como exquisito lite-
rato, como delicado prosista, que acierta a condensar y a teo-
rizar en su *Collar de la paloma* todas las finuras morales y
literarias que creó el califato de los Omeyas. Bien merece Aben-
házam el excepcional homenaje que le ha rendido la ciencia es-
pañola, por la pluma de Asín, trazando por extenso su biogra-
fía y traduciendo su libro de *Los Caracteres* y su monumental
Historia de las religiones.

Y no sólo su obra. Su propia vida es un diptongo de las
dos épocas fundamentales del islam andaluz: mientras sus ma-
nos se aferran a la desesperada a los últimos restos del im-
perio de los Omeyas, sus pies se hunden más y más en el

(1) El texto en Almacari, *Analectes*, II, 133.

(2) Abulmoguira Abdelguahab Abenházam murió en Toledo en 438/1046.
Cfr. *Bibl. Arab.-Hisp.*, I-II, biog. 810 y III, biog. 1110.

(3) Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, III, 254 y sigts.

(4) El texto en el ms. de Abensaid.

(5) Nació el 30 ramadán 384/7 Noviembre 994 y murió el 28 xaabán 456/15
Julio 1063. Cfr. Asín, *Abenházam de Córdoba*, tomos I-II. (Madrid, 1927-8) y mi
recensión sobre esta obra, *Abenalcotía y Abenházam* (*Revista de Occidente*,
n.º XLVIII, Junio 1927, págs. 368-378).

fangal de las Taifas. Su niñez lánguida e indolente de hijo de ministro que nace y se cría oculto en los rincones del serrallo, entre el besuqueo y las intrigas de las esclavas; su juventud galante, leve, delicada, de estudiante, de enamorado, de ministro, pintan la Córdoba gloriosa de los Omeyas en los días de la apoteosis de Almanzor. Su madurez desengañada de agrio intelectual trotamundos, que recorre los reinos de Taifas, enzarzándose en violentas polémicas; su áspera vejez, tras la expulsión de Córdoba y la quema de sus libros en Sevilla, refugiado en su casa de Huelva, son el reflejo de la protesta con que la España omeya veía fracasados sus ideales, devastados sus palacios, bastardeada su cultura. La entera y viril figura de Abenházam—verdadera encarnación de la mejor Andalucía musulmana—alía así lo plebeyo con lo exquisito, lo grosero con lo noble, como en Góngora, como en Quevedo, como casi siempre en España.

El mismo doble aspecto presenta su poesía. Primero escribirá versos risueños sobre todos los lances del amor, y hablará en todos los tonos de la amada:

Viniste a mí, un poco antes de que los cristianos tocasen las campanas, cuando la media luna salía en el cielo, como la ceja de un anciano, cubierta casi del todo por las canas, o como la delicada curva de la planta del pie.

Y, aunque era de noche, con tu venida surgió en el horizonte el arco del Señor, vestido de todos los colores, como la cola de los pavos reales (1).

Después, por el contrario, entonará cantos ásperos y desengañados, saturados de dolorosa experiencia:

¡Que no se alegre mi émulo, cuando me sobreviene la desgracia! La fortuna no se está quieta en un solo estado.

El hombre libre es como el oro, sujeto unas veces al golpe del martillo, pero al que ves otras veces en la corona de un rey (2).

Cuando Almotádid manda quemar sus libros en Sevilla, se alza su voz, llena de dolorosa soberbia:

Aunque queméis el papel, no quemareis lo que el papel encierra; antes bien, quedará dentro de mi pecho,

(1) El texto en su *Tauk-al-hamáma* (ed. Pétrof, Leide, 1914), pág. 125.

(2) Cfr. Asín, *Abenházam de Córdoba*, I, 239. El texto en el ms. de Abensaid y en Yacut, *Irxad alarib* (ed. Margoliouth) V, 91.

marchará conmigo a donde me lleven mis pasos, se detendrá donde yo me detenga y será sepultado en mi tumba.
¡Dejaos de quemar folios y vitelas y hablad con ciencia, para que vea la gente quién es el que sabel..

Yo soy la preciosa joya en que nadie encuentra tacha, excepto la patria mía y en verdad que no exagero.

El Irac, los países limítrofes, las gentes de la tierra entera, todos, menos los de mi propia casa, me lo confiesan (1).

Impresión desconsolada que culmina en el famoso verso, en el que usa de una metáfora a la que aludimos al comienzo:

أبا الشمس في جو العلم منيرة * ولكن عيبى ان مطلعى الغرب

Yo soy el sol que brilla en el cielo del saber, más mi defecto es que mi oriente es el Occidente (2).

Nunca personifica mejor Abenházam su patria que pronunciando estas palabras. La España omeya, ni totalmente española ni absolutamente árabe, enlazada y a la vez separada del resto del mundo, era, efectivamente, un astro extraviado, una flor maravillosa que crecía en el vacío, que crecía tanto, que se quebró por su tallo. Tras el brillante meteoro de Almanzor, iba a convertirse en un hormiguar de tiranuelos pérfidos y fastuosos, rodeados de favoritas, poetas y parásitos. La obra de los Omeyas, que islamizaron sólidamente media España, se hundía para que luego se la repartieran en merienda de negros los regios de las Taifas.

La faz de la España musulmana había cambiado, en efecto, enteramente. Al noble anhelo político de buscar una base estable al inquietante problema del islam de España, que era, como hemos visto, la mira de los Omeyas, sucede la desesperanza de la solución y el ansia de alejar el cuidado, que se ahoga en vino; al deseo de la unidad, la pasión del fraccionamiento, a una ética transparente, la política clandestina de la tiranía y la perfidia; al amor platónico de los «*Hijos de la Virginidad*», el amor sensual, lleno de fuego, acosado de ansias frenéticas; al noble capricho de Azahra por ver nevar en Córdoba, al que responde Abderrahmán III nevando de almendros el valle del Guadalquivir, sucede el artificioso antojo de Romaiquía, que, al

(1) Cfr. Asin, *Abenházam de Córdoba*, I, 235-236. El texto en Almacari, *Analectes*, I, 515.

(2) Cfr. Asin, *loc. cit.*, I, 237-238. El texto en Almacari, *Analectes*, I, 514.

ver a una mujer del pueblo hacer ladrillos entre el barro, obliga a Almotámid a construirla una alberca donde, inmersa en agua de rosas, pueda amasar ladrillos de almizcle y de canela. ¡Triste situación la nueva, si bien envuelta en fastuoso manto de arte, aromada de perfumes, ahogada entre recitar de ditirambos y trémolos de laudes!

En esta vuelta de la suerte, la noble y austera Córdoba de los Omeyas había de perder necesariamente el cetro de Andalucía, que, demasiado grande para que nadie pudiera sostenerlo íntegro, ha de romperse en muchos trozos, si bien el más brillante es el que recoge la deliciosa Sevilla de los Abadíes, la patria de los instrumentos de música, el lugar donde podrían hallarse todos los placeres y donde, según el dicho célebre, «si se pidiese leche de pájaro, se encontraría» (1).» Córdoba había sido la sede de la legítima dinastía Omeya, traída a España por el único superviviente de su exterminio por los usurpadores Abasíes, y había sido siempre rival, pero no imitadora de Bagdad. Había aceptado del Irac la ciencia y el arte: los *Dictados* del Calí, el *amor odrí* de Abendaud, el ejemplar del *Agani*, las canciones de Ziriab; pero en todo lo demás la odiaba: bastaba que la bandera y el luto abasíes fueran negros para que fueran blancas en Córdoba las banderas y las vestiduras de duelo (2). Ahora, por el contrario, las diminutas cortes de los Taifas, que en ningún modo podían rivalizar con la poderosa Bagdad, se desvivían, en cambio, por imitarla. El Príncipe de Málaga recibía a los poetas, como en las historias de las *Mil y una noches*, tras un velo cuyos pliegues sujetaba un chambelán (3); las mujeres andaluzas llevaban como Zobeida, la esposa de Harún Arraxid, leyendas eróticas bordadas en las hombreras de sus túnicas (4); los príncipes se atribuían los mismos títulos califáticos abasíes, pretensión que ridiculizó el poeta africano Abenraxic, cuando se negó a pasar a Andalucía, diciendo:

(1) *Risala* del Xecundi, apud Almacari, *Analectes*, II, 143.

(2) Cfr. Dozy, *Recherches* (1.^a ed., Leyde, 1849), 145-150; Zéki Pacha, *Notice sur les couleurs nationales de l'Égypte musulmane*. (*Bulletin de l'Institut d'Égypte*, t. II), págs. 74-77.

(3) Véase en Almacari, *Analectes*, I, 132, la audiencia que Idris b. Yahya b. Ali b. Hammud, rey de Málaga, concedió al gran poeta Abenmocana de Lisboa.

(4) Cfr. Cour, *Ibn Zaidoun*, págs. 22-23.

Una de las cosas que me impiden ir a España es el que haya en ella quienes se llamen Almotádid y Almotamid.

Nombres tomados de otro imperio y que están fuera de lugar: tal el gato que se hincha, queriendo emular la fuerza del león (1).

Este vano anhelo de imitación del Oriente era la más rotunda negación de cuanto Córdoba significó en la Historia. La Córdoba política había muerto. Pero en este período, verdadero siglo áureo de la poesía andaluza—que no siempre coincide la decadencia política con la literaria—, quedaba aún la Córdoba artista, la Atenas andaluza, la ciudad que había sido, desde el tiempo de la conquista, el hogar de todas las artes en Europa. A la sazón Andalucía rebosaba de los mejores poetas de Occidente, no sólo de los naturales de España, sino también de los venidos de Sicilia, cuando la ocupación normanda (2), o de Caironán, cuando fué devastado por las tribus árabes de Hilal (3). Pues a esta España poética supo darle Córdoba quizás el más ilustre de sus cantores, después del gran Almotádid; el poeta que, guardando en la forma la suprema maestría del clásico arte califal, llevaba dentro de sus versos y de su vida los nuevos virus que corroían la civilización andaluza: la vida frívola, aventurera y errante; la loca y desenfrenada pasión; el fuego y la embriaguez de la vida.

Este poeta es ABENZEIDÚN (4). Nadie como él ha pintado, recordándola después en las horas de dolor, la vida de Córdoba bajo la oligarquía burguesa de los Benu-Chauar; los momentos pasados en su mocedad en los sitios de placer, *Xarc alocab*, *Ruzafa*, *Casr alfárisi*, *Ain xohda*, *Alaquic*, *Mosannat málic*, *Azahra*; sobre todo, *Azahra*, donde

(5) El texto en Almacari, *Analectes*, I, 131-132. Sobre Abenraxic, natural de Masila, cfr. Brockelmaun, *Geschichte der arab. litt.*, I, 307.

(1) Entre los poetas que vinieron a España con tal oportunidad, figuraban Abulárab Mósab y el celeberrimo Abenhamdis.

(2) La toma de Cairouán por las tribus árabes de Hilal enviadas por los Fatimies contra el Moiz, por haber roto éste su dependencia de aquéllos y aceptado la de los Abasies, tuvo lugar en 449/1057. Entre los poetas que con este motivo vinieron a España estaba el célebre Abenxáraf.

(3) Abulgualid Ahmed Abenzeidún el Majzumi nació el 394/1003, y murió el 463/1071. Para todo lo que sigue, referente a este gran poeta cordobés, véase el mencionado libro de Cour, *Un poète arabe d'Andalousie: Ibn Zaidoun* (Constantine, 1920).

los muros de las cámaras reales resplandecían de tal modo, que, al reflejar las rojas luces de la tarde, pensábamos que era la aurora,

y donde

el jardín reía con los dientes de su agua de plata, como si hubiese sido adornado con collares arrancados a las gargantas de las doncellas.

Por aquel entonces vivía en Córdoba una mujer singular: Gualada, hija del efímero Califa Almostacfi, hermosa como Helena, culta como Burán, la mujer del Califa Almamún, fogosa como Safo, osada y desdeñosa de la opinión pública y, sin embargo, al decir de sus contemporáneos, casta como una amazona. Desde la muerte de su padre, Gualada dejó el harem y abrió un salón que fué el más célebre palenque de los literatos cordobeses, y en el que se exhibía, libre de velos, en todo el apogeo de su ardiente belleza, aunque sus costumbres eran, al menos públicamente, puras. Símbolo de esta doble manifestación de su carácter eran las dos inscripciones grabadas en sus hombreras, sobre las que corría

el collar, cuyas perlas, al estrecharse, sonaban como el zureo de los pichones en las copas de la espesura.

Decía una de ellas:

Yo pongo al que me ama en posesión de mis mejillas y doy mi beso al que lo desea;

pero replicaba en la otra:

¡Por Dios! Yo estoy destinada a altas empresas y sigo orgullosa mi camino.

No es extraño que esa mujer

de sangre real, hecha por Dios de almizcle y no de barro, como el resto de los mortales,

y tan delicada que

al inclinarse, la pesaban las sargas de perlas, y las ajorcas y los brazaletes ensangrentaban la suavidad de su piel,

fuese, como dice Abenbassam, «la nueva y brillante luna, hacia cuya luz corrían los literatos como hacia el faro de la noche». Y en esa luz se quemaron las alas del apasionado Abenzeidún, que expresaba su rendimiento ante ella en un verso en que superaba un artificio métrico del Motanabi:

Sé orgullosa, lo sufro; pon demora, tengo paciencia; sé altiva, me humillo; aléjate, te sigo; habla, te escucho; manda, obedezco.

No puedo detenerme a analizar los bellísimos cantos, llenos de ingeniosidad y de fragancia, en que cantó Abenzeidún las fases de sus correspondidos amores con Gualada. Nos limitaremos a ver reflejados esos días felices en el espejo de las tristes canciones en que el poeta los recordaba más tarde; que no tardaron en presentarse los días adversos y en trocar en elegíaca la lira erótica. La publicidad inevitable que alcanzaron unos amores que a entrambos convenía mantener secretos; las intrigas revolucionarias en las que quizás intervino Abenzeidún; su inconstancia que le llevó a prendarse de una esclava negra de Gualada, le enajenaron el favor de ésta, que no tardó en encontrarle sustituto en un rico y fastuoso noble cordobés, el ministro Abuámir ben Abdús. Espoleado por los celos, Abenzeidún, además de varias *casidas* suplicantes para la desdenosa amada y amenazadoras para su rival, lanzó contra éste una furibunda sátira, celeberrima en toda la literatura árabe. Es su famosa *Risala*, puesta en boca de Gualada, en la que disparó contra el alto blanco del ministro las más agudas saetas de la burla, penetrantes en la punta y adornadas en el asta con vistosos gallardetes de erudición y de retórica. La situación se hizo insostenible para Abenzeidún, y el partido que se formó en contra suya tuvo la suficiente fuerza para meterlo en prisión. Desde ella dirigió emocionadas súplicas a Gualada—que permaneció insensible, unida ya a Abenabdús, de quien no había de separarse—, a su amigo Abenbord, y sobre todo a los gobernantes de Córdoba, Abulházam ben Chahuar y su hijo Abulgualid. La amistad de éste fué, sin duda, la que acabó por proporcionarle la huida. Errante por los alrededores de Córdoba, el desgraciado poeta no podía olvidar a Gualada, y trataba de atraerla a sí con los trémulos acentos de su célebre *casida nunía*:

Alejados uno de otro, mis costados están secos de pasión por tí, y, en cambio, no cesan mis lágrimas.

Al perderte, mis días se han cambiado, y se han tornado negros, cuando contigo hasta mis noches eran blancas...

Diríase que es que no hemos pasado juntos la noche, sin más tercero que nuestra propia unión, mientras nuestra buena estrella hacía bajar los ojos de nuestros censores.

Eramos dos secretos en el corazón de las tinieblas, hasta que la lengua de la aurora estaba a punto de denunciarnos.

Lo irremediable, sin embargo, se había consumado. Estos acentos, dignos de los *Tristes* de Ovidio, no encontraron nin-

gún eco, y la voltaria suerte trocó de nuevo las cuerdas de su lira, haciéndola, de elegíaca, cortesana. Vuelto a la gracia de los Benu-Chahuar, Abenzeidún se convierte en panegirista de la corte de Córdoba, cuyos sucesos, tanto prósperos como luctuosos, eterniza en la elegancia de sus versos. Pero Córdoba, vivo aún el recuerdo de sus amores y rivalidades, no podía ser duradera sede del poeta. Encargado de una misión diplomática, recorre las pequeñas y brillantes cortes de Idris II de Málaga, Abenabdelaziz de Valencia y Almotaguáquil de Badajoz. Los Benu-Chahuar, para los cuales, por los motivos antedichos y por ser Abenabdús su ministro, debía ser el poeta en Córdoba huesped molesto, hicieron imposible su vuelta con nuevos desvíos, de los que se quejaba Abenzeidún amargamente:

¡Oh, hijos de Chahuar! Habéis abrasado mi corazón con vuestra tiranía. ¿Por qué ha de exhalarse ahora el perfume de mis loas?

Creéis, sin duda, que soy como el ámbar, que sólo os envía sus fragantes bocanadas cuando arde

No pudiendo, pues, retornar a su patria y ambicioso, por otra parte, de brillar en una corte más suntuosa y de encontrar un campo más amplio en que desplegar su talento literario y político, Abenzeidún se dejó atraer por el más poderoso imán de poetas que hubo nunca en la Andalucía musulmana: la corte de los Abadíes de Sevilla. Visir de Almotádid, cuyos fastos días—los más espléndidos de la Sevilla árabe—señaló en sus mejores ditirambos, era, después del Rey, la primera figura de Alandalus. «El sol—dice Abenjacán—cobijó entonces una flor espléndida y brillante». Y así continuó, no obstante las asechanzas de la envidia, durante el reinado del generoso y magnífico Almotámid, al que, en 462 de la hégira (1069 de J. C.), acompañó en su entrada en Córdoba, su patria, donde le rodeó al punto la máxima admiración de sus conciudadanos. Este favor popular fué quizá la causa de su muerte, pues, habiendo estallado una rebelión en Sevilla, el célebre Abenamar, que era el otro ministro de Almotámid, envidioso de la celebridad que en Córdoba había alcanzado nuestro poeta, logró que el rey le hiciera salir de ella, para ir a la capital del reino, donde murió a poco en 15 de *reheb* de 463 (17 de abril de 1701).

Si en la ardiente vida amorosa del poeta hemos encontrado un síntoma de los nuevos tiempos, mejor aún lo hallaremos en sus largos años de brillante poeta oficial. Con la pirotecnia de

las frases suntuosas, con los sonoros artilugios retóricos, en el muelle seno de las orgías, intentaban disipar aquellos espíritus escogidos la inquietud de los días cercanos en que, entregándose al Africa, iba a suicidarse la maravillosa civilización andaluza. Como a la mañana siguiente de la fiesta, bajo la ceniza se escondían las brasas de los pebeteros casi extintos—que un poeta árabe compara a la sangre de unos pichones degollados cubierta por las plumas (1)—, así también los rojos días luctuosos asomaban entre la niebla de ámbar del presente. Fuerza de símbolo de aquella despreocupación cobran los versos en que Abenzeidún—invitando a Almotádid a beber un vino

que parecía manzanas líquidas, lo mismo que las manzanas parecen vino sólido—

entonaba de nuevo el *carpe diem*, que en árabe suena: لا تدع, لذة يوم لغد, «y no dejes el placer de hoy para mañana».

Un poco posterior a Abenzeidún es otro ilustre poeta cordobés, el visir ABULHOSÁIN BEN SIRACH, último vástago de toda una dinastía de literatos (2). Su abuelo Sirach ben Abdala, era cliente de Abderrahmán I (3); su padre, Abdelmélíc, fué también ilustre poeta, incluido en la colección de los *Collares de oro* (4). Y Abulhosáin figura también con honoríficos títulos en esta colección y en la *Dajira*. He aquí una muestra de sus poemas báquicos:

Cuando vi alejarse al día, moribundo, y acercarse a la noche, llena de juventud;

cuando el sol aún esparcía el rubio azafrán de sus últimos rayos en las colinas, pero ya desmenuzaba el negro almizcle de la sombra sobre los valles,

entonces hice salir la luna del vino, a cuyo lado tú eres el astro Mercurio, y la rodeé de las estrellas de los comensales (5).

(1) Cfr. *Quitab nasím assaba* de Abenhabib de Alepo (ed. 1289 hég.) página 48.

(2) Murió en 508/1114. Cfr. *Bibl. Arab.-Hisp.*, I-II, biog. 514; III, biog. 781, y IV, biog. 295; *Caláid*, 231-232.

(3) Murió en 456/1063. Cfr. *Bibl. Arab.-Hisp.*, III, biog. 780.

(4) Murió en 489/1095. Cfr. *Bibl. Arab.-Hisp.*, I-II, biog. 771, y III, biog. 1068; *Caláid*, 217-218.

(5) El texto en el ms. de Abensaid.

Y de sus versos amorosos:

Quando ella tomó mi corazón por morada y comenzó a señorearla con sus ojos,
clamé, pidiéndola piedad con un suspiro que le declaraba los secretos de mi alma:
«Ten compasión de esta tu morada que has ocupado, oh tú que destruyes tu casa con tus propias manos» (1).

Estos versos, y otros muchos que podríamos citar de este período, muestran hasta qué punto hayamos de poner en duda la opinión del gran Dozy, que, un tanto apasionadamente, expuso varias veces la idea de que, bajo el dominio de las tribus africanas, la cultura andaluza languideció hasta el punto de casi desaparecer, sobre todo la poesía, que tan alto grado de florecimiento había alcanzado bajo las Taifas (2). Esta afirmación, que ya fué oportunamente contradicha en general por Codera (3), no puede subsistir cuando vemos el enorme número, y muchas veces la fina calidad, de los poetas que vivieron en esta época. Cuando el Califa almohade Yacub Almansur volvió de la campaña contra los cristianos que culminó en Alarcos, fué tal la afluencia de los poetas que de todas las regiones vinieron a felicitarle, que, según dice un autor árabe, «cada uno debió limitarse a recitar de su *casida* dos o tres versos que él propio escogía.» (4) El caso no es único: El Marrecoxi nos cuenta, en un relato lleno de interesantes noticias literarias, el gran número de poetas que asistieron a la audiencia que les concedió Abdelmúmen a su desembarco en Gibraltar (5). Las pruebas que ofrece Dozy no son, por otra parte, concluyentes. Cita, por ejemplo, en apoyo de su aserto, los versos de un poeta de quien me ocuparé enseguida, en los que dice:

انا امرء ان نبت بي ارض اندلس * جئت العراق فقامت لي على قدم

Yo soy un hombre de mérito, y si la Andalucía me desdigna, iré al Irac, que me recibirá con los brazos abiertos (6).

(1) El texto en Abenjacán, *Caláid*, loc. cit.

(2) *Histoire des musulmans d'Espagne*, IV, 248 y sigts.; *Recherches*, 2.ª ed., I, 343 y sigts.

(3) F. Codera, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*. (Colección de Estudios Arabes-. III, Zaragoza, 1899, págs. 189 y sigts.

(4) Almacari, *Analectes*, II, 540. Crf. Ribera, *La música de las Cantigas*, (Madrid, 1922), 71.

(5) *Móchib* (ed. Dozy), págs. 151 y sigts.; trad. Fagnan, págs. 183 y sigts.

(6) Dozy, *Histoire*, IV, 251. El texto en Almacari, *Analectes*, II, 303.

Ahora bien, si de este verso hubiéramos de concluir, como quiere Dozy, que los poetas no podrían vivir en Andalucía, recordáramos el poema en que Abenházam se lamenta de haber nacido en España, añadiendo:

ولى نجر اناق العراق صباية * ولاغرو ان يستوحش الكلف الصب

Yo estoy enamorado de las tierras del Irac, y no es maravilla si el amante echa de menos lo que ama (1),

y concluiríamos que tampoco podían vivir los poetas en España en la época de los Abadíes, lo cual es absurdo, ya que, como defiende el mismo Dozy con razón, esa época fué cabalmente el siglo áureo de la poesía andaluza. Se trata, pues, de un tópico literario, al que no hay que conceder mayor importancia.

Es innegable, sin embargo, y en esto acierta el gran orientalista holandés, que la poesía andaluza sufría en los nuevos tiempos una radical transformación. En primer término, muchos de los príncipes africanos eran rudos soldados que apenas conocían el árabe literario, y todos ellos estaban obligados a atender personalmente a los negocios de un vasto imperio, que se extendía por dos continentes, y por tanto no podían tener corte fija. Debido a estas dos causas, a las cuales debe ser unida la enemistad de los fanáticos alfaquíes, como nunca poderosos en este período, los poetas no podían llevar la vida regalada y brillante de las cortes de Córdoba o de Sevilla, amparados por príncipes enamorados de las letras y literatos ellos mismos. Ahora veíanse, por el contrario, obligados a vagar errantes, siguiendo en sus marchas, con aduladores elogios, a las cancillerías africanas; recorriendo las desmedradas cortes de los príncipes no sometidos a los imperios de Africa, o las de los rebeldes contra ellos, en las cuales no podían quedarse definitivamente; padeciendo la persecución de los iletrados o de los fanáticos; sufriendo desiguales tratamientos y hospedajes, y a veces—no hay que decirlo—el hambre o la miseria, que excitaban su indignación o su vena satírica. Perdido el favor constante de las cortes y viviendo errantes entre el pueblo, los poetas que no conseguían uno de los cargos oficiales, cuyo favor antes alcanzaba a casi todos, viéronse obligados a adular los gustos de ese pueblo con el cual vivían y a quien tenían que acudir en sus necesidades. De aquí que, al lado de la poesía clásica, que seguía cultivándose, alcan-

(1) Aïmacari, *Analectes*, I, 514; Asin, *Abenházam de Córdoba*, I, 237.

zase en esta época un enorme incremento, y subiese a primer plano literario, la otra poesía popular de estirpe indígena andaluza, la de los *zéjeles* y *moaxahas*, que hasta entonces vivía, sí, pero preterida y menospreciada. Célebres poetas, como el ciego Tudela, cultivan simultáneamente ambos géneros y son casi más célebres en el segundo. Y, naturalmente, del cultivo de esta poesía para el pueblo, nace también un cierto abandono de los manidos temas cortesanos—eco más o menos remoto de la «poesía del desierto» o de las modas literarias del Irac—y una progresiva admisión en el mundo poético de los temas actuales, cotidianos y divertidos, con sus ventajas de fresca espontaneidad, emoción directa y libertad de afeites de escuela, pero también con sus vicios de plebeyez, inmoralidad y adulación del populacho.

Trataré ahora de ejemplificar estas nuevas tendencias literarias en algunos poetas cordobeses. Uno de ellos, ABENBAQUI (1), el autor de quien Dozy tomó el verso citado anteriormente, en que se queja del desdén de Andalucía, ha alcanzado la reputación de ser «un encantador poeta, uno de los mejores que Andalucía haya tenido» (2), y ha merecido artículos de Abenjalicán y Abenjacán. En los *Prolegómenos* de Abenjaldún le vemos figurar, en compañía del Ciego de Tudela, con el que rivaliza en un concurso *moaxahas*, como jefe de los poetas de su tiempo (3). Otras varias composiciones de ese tipo compuso en honor de los Benu-Izza, cadíes de Salé, en Marruecos, las cuales excitaban la envidia de un Avenzoar (4). Mas la gloria literaria no le libró de la miseria y Abenjacán le muestra vagabundo, de ciudad en ciudad, sin tener un pedazo de pan que llevarse a la boca (5). Aparte sus poemas de estilo popular, compuso muchos muy notables del tipo clásico, entre los que descuella uno, bellamente traducido en verso francés por Dugat (6) y en verso castellano por Valera (sobre la versión alemana de Schack) (7), pero que yo prefiero traducir de nuevo literalmente:

(1) Abubéquer Yahya ben Baqui murió en 540/1145, según Abenjalicán, *Uafayat alayán*, III, 212. Cfr. Abenjacán, *Caláid*, 322-326.

(2) Dozy, *Histoire*, IV, 251.

(3) *Prolegómenes historiques d'Ibn Khaldoun* (trad. Slane) III, 425-426.

(4) *Ibidem*, III, 426.

(5) Apud Almacari, *Analectes*, II, 590. Cfr. Dozy, *Histoire*, IV, 251.

(6) En la introducción a las *Analectes* de Almacari, pág. LXXIX.

(7) *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. (Sevilla, 1881), I, 140.

Cuando la noche arrastraba su cola de sombra, la di a beber vino oscuro y espeso como el almizcle en polvo que se sorbe por las narices.

La estreché como estrecha el valiente su espada, y sus trenzas eran como tahalies que pendían desde mis hombros.

Hasta que, cuando la rindió la dulce pesadez del sueño, la aparté de mí a quien estaba abrazada.

¡La alejé del costado que amaba, para que no durmiese sobre una almohada palpitante! (1).

A otro poeta cordobés, un poco posterior, llamado Abulhasan Alí ABENJARUF (2), debemos muy bellos poemas, entre los cuales citaré tan sólo el siguiente fragmento dedicado a un mancebo sastre:

¡Oh hijos de Moguiral En vuestra tribu tengo un pequeño antilope, al que la sombra de vuestras lanzas dispensa de buscar escondite entre los espinos (3).

El taburete en que se sienta es como un corcel, orgulloso de sustentar a este héroe, armado con sólo una aguja, que parece una de las pestañas de sus párpados;

aguja que, revoloteando sobre el traje de seda que cose, parece una estrella errante, seguida del rastro de luz del hilo (4).

Abenjaruf, autor de numerosos libros, realizó el anhelo de Abenbaqui de dejar Andalucía para marchar a Oriente; más la suerte no le fué propicia y tras una estancia en Egipto, murió en Alepo, al caer dentro de un silo de trigo. A su próximo fin aludía cuando, usando de un símil tomado del ordeñar de las camellas del desierto, y jugando con el doble sentido que en árabe tiene la voz حلب, *hálab*, que puede significar la acción de ordeñar y es a la vez el nombre de la ciudad de Alepo, decía:

Yo he ordeñado las ubres de la fortuna, tanto las llenas como las flácidas; pero en Alepo se ha acabado mi ordeño (5).

(1) El texto en Almacari, *Analectes*, II, 141 y 527, y en otros muchos autores. *Poemas arábigoandaluces*, núm. 27.

(2) Murió en 602/1205, según Almacari, *Analectes*, I, 900, y en 620/1223, según *Bibl. Arab.-Hisp.*, II, biog. 1894.

(3) Hay en este verso un juego de palabras entre سهم, «lanzas», y سهم, «espinos».

(4) El texto en Abensaid, *Mógrib* (ms. 80 de la Ac. de la Hist.), fol. 61 r.

(5) El texto en el ms. de Abensaid.

Ningún poeta es, sin embargo, más representativo de esta nueva época de la poesía andaluza como otro gran literato de Córdoba: ABENCUZMÁN, el زجال, esto es, el «zejelero», el compositor de *zêjeles* por antonomasia (1). Hijo de una noble familia cordobesa, Abencuzmán renuncia, a pesar de ello, al empaque y a la vida refinada de su aristocrático linaje, y gusta de mezclarse con el pueblo, de componer canciones para él, en el sistema popular de Mocádem de Cabra, sobre asuntos plebeyos y aún obscenos, en versos medidos por sílabas y no cuantitativamente, con variedad de rimas, en estilo llano, hasta con palabras romances, y con estribillo que canta el coro. El tono atrevido, burión, populachero de estas piezas, debía de ser, sin duda, el mismo de la vida del poeta. En las historias árabes le vemos aparecer siempre en lances festivos o bufonescos. Una vez le contemplamos en Granada, ebrio, caer, empujado por sus contertulios —entre los cuales figuraba la poetiza Nazhún—, en una alberca, de la que sale chorreando y recitando versos graciosamente alusivos (2). Otra vez le vemos vestido con una túnica amarilla, provocando las burlas de la mencionada Nazhún que, acordándose de una vaca de la que cuenta el Alcorán «que alegraba los ojos de los que la miraban» (3), le dice: «Te pareces a la vaca de los israelitas, sólo que tú no regocijas a los que te miran» (4). Abencuzmán, en efecto, no estaba dotado de un físico atractivo y, según dicen, era bizco. A este propósito se narra en Almacari una anécdota curiosa (5). Seguía nuestro poeta un día por las calles de Sevilla a una cortesana, la cual, haciéndole seña de que fuese tras ella, le llevó hasta el bazar de los orfebres y, parándose ante el taller de uno de ellos, dijo al dueño con zumba, señalando el ojo bizco de Abencuzmán: «Maestro, así ha de ser la piedra de la sortija», y a seguida se marchó. Quedóse atónito Abencuzmán y preguntó la explicación de estas palabras al platero, el cual le dijo que aquella mujer le

(5) Murió en 565-1169, según la *Ihata* de Abenaljatib (ms. de la R. Acad. de la Hist.), II, fol. 126 r.º Otros textos dan la fecha 555/1160: cfr. Brockelmann, *Geschichte der arab. litt.*, I, 272.

(1) Almacari, *Analectes*, II, 636.

(2) Alcorán, II, 64.

(3) Almacari, *Analectes*, II, 636.

(4) Almacari, *Analectes*, II, 636. La atribución de esta anécdota a Abencuzmán no es completamente segura, pues Almacari admite la posibilidad de que le sucediera a otro (ويحتمل انه غيره).

había encargado una sortija, cuya piedra había de ser de «ojo de diablo», y que como él dijese no conocer tal piedra, la sevillana le había ofrecido traerle otra igual para que tomase modelo y, por lo visto, acababa de cumplir su palabra.

Si la persona de Abencuzmán es representativa de su época, no lo es menos su obra. El clásico laúd de Abenzeitún se ha hecho desvergonzada guzla; la solemne *casida* árabe, pausada y monorríma, se ha convertido en el *zéjel* picante, movido y polirrímo. La literatura ha salido del cenáculo y se ha entregado al pueblo. La burla es la musa; la parodia, el método. El viejo tema de *la albada*, que trataban delicadamente los poetas anteriores, es ridiculizado ante el populacho de Córdoba. ¿Qué queda del *amor odri*, del amor platónico, moda literaria de los días del Califato? Abencuzmán se mofa de él en sus canciones obscenas. «Si Abenházam oyese esta cantilena—dice en una de ellas—, quedaría pasmado de admiración, y a todas horas viviría ansiando la unión sexual» (1).

Ribera, en su magistral estudio sobre *El Cancionero de Abencuzmán* (2), ha hecho revivir el ambiente en que se movía la poesía cuzmanesca. «Arrimados a una pared—dice (3)—se han puesto en fila varios músicos: un flautista joven engalanado con traje muy vistoso; un viejo terne, que maneja el adufe; un tamborilero y una muchacha sin pudor que repica las castañuelas. Delante de éstos, erguido y con más elegantes y ricos trapos, está el director y jefe: el cantor solista. El público de chiquillos, esclavos, golfos, desocupados y mujerzuelas medio embozadas se arremolina alrededor de los juglares, dejando un espacio libre para que el cantor y la muchacha se muevan desembarazadamente. A una señal de éste, el tambor comienza a marcar el ritmo. El adufe y las castañuelas se unen, señalando otros matices, pero sin que deje de percibirse el ritmo principal. La flauta inicia la melodía, y el cantor, después de quitarse la capa de seda amarilla, con que iba embozado, para lucir un traje ceñido, lleno de colorines, lanza el estribillo:

Que beba la hermosa y me dé a beber, sin centinela ni
polizonte que nos espíe. Así es más bonito».

(1) *Diván* de Abencuzmán (edición fotográfica de Gunzburg, Berlín, 1896), canción LIII, estrofa 5.^a Citado por Asín, *Abenházam de Córdoba*, I, 51.

(2) Inserto en *Disertaciones y opúsculos*, I, 3-92.

(3) *Loc. cit.*, págs. 87-88.

Báquicos y eróticos, inspirados por la burla, la pasión o el vino, son todos los cantos de Abencuzmán (1):

Célibe soy y continuar así es lo más prudente: no me casaré hasta que los cuervos encanezcan.

Condición de calavera es el pasar los días alegremente. El que hace algo de provecho comete pecado.

Estoy bebiendo en compañía de una hermosa. Los pájaros gorjean. ¡Qué delicia! el río, el céfiro, la verdura, el coqueteo...

El alfaquí me dice: «Oye, arrepíentete.» Si esto hiciera yo, sería verdaderamente un estúpido. ¿Cómo me he de arrepentir, si los jardines se ponen risueños y el céfiro exhala perfumes de almizcle?

Sin perjuicio de que, entre estas frívolas flores, surja de pronto la descarada petición:

¡Oh, tú, cuya presencia me llena de alegría! Sabe que necesito un carnero para el sacrificio de las Pascuas.

Tú, señor distraído, pon atención a mis versos; te vendo una *moaxaha*; ¿dónde está el dinero que vale?

La gente come; hay pan, aunque duro. Si te queda algún zoquete, correré yo a saber cuánto pesa.

Tal suena la voz, popular y burlona, llena de brío y desenfado, del último gran cantor de la Córdoba musulmana. Otros muchos poetas árabes españoles han de recitar todavía, en Levante y en Granada, sus *casidas* y sus *macáti*, sus *zéjeles* y sus *moaxahas*; pero los últimos acentos dignos de mención de la Córdoba mora se pierden confundidos con los cantos del gran zejelero cordobés. Por obra de la alquimia literaria, a la que, por operar sobre materias espirituales, no son imposibles tan osadas transmutaciones, las poesías españolas los *zéjeles* y las *moaxahas*, que inventó el ciego Mocádem de Cabra en el siglo IX, y que llevó a su más alto punto de desarrollo la musa ágil de Abencuzmán, pasan fronteras cristianas, como tantos otros productos de cultura, y originan en Provenza y en España el nacimiento de la poesía trovadoresca europea. Los cantos eróticos cordobeses, con sus peculiares y complicadas formas métricas, y hasta con su música, que oiréis en uno de estos días—exhumada por la ciencia genial del maestro Ribera, a quien se deben todos estos descubrimientos—, tornan a vivir en Europa, a encantar oídos y a seducir imaginaciones, semi-

(1) Ribera, *loc. cit.*, Apéndice II, págs. 81 y sigts.

llas que han de hacer nacer en campos, hasta entonces áridos, las rosas que hasta entonces fueron sólo patrimonio de Andalucía. Las poesías provenzales tienen la misma forma métrica que bastante antes encontramos en Abencuzmán; y en cuanto a su fondo—el «amour courtois», la servidumbre, el culto casto e idolátrico de las damas, todo el espíritu que ha de llevar al «dolce stil nuovo» y a la *Vita Nova* de Dante, tan lleno de reminiscencias islámicas—nos recuerda los días y los versos en que los poetas de la corte de los Califas cantaban en alambicados versos su pasión platónica, dando a Abenházam de Córdoba materia para que escribiese su *Collar de la Paloma*, que es la *Vita Nova* del islam de España. Mas esto cae fuera de mi tema y temo haber fatigado demasiado vuestra atención.

No quisiera, sin embargo, terminar mis palabras sin evocar ante vosotros la figura de un cordobés que, si no fué poeta insigne, contribuyó no poco a la gloria de los poetas de su patria. Me refiero a Abulqualid EL XECUNDI, natural de Secunda, en los alrededores de Córdoba, y autor de la *Risala o Epístola apologética de la literatura andaluza musulmana* (1).

Triste destino ha sido el de España al tener casi siempre que doblar el esfuerzo, primero para crear sus glorias, y después para defenderlas. No basta—ciñéndonos a hechos literarios—que haya dado a Roma un Séneca, un Lucano o un Marcial, si después han de acusarla de haber corrompido con ellos el gusto en la literatura latina; no basta que haya dado al mundo el genio de un Lope o de un Calderón, si después críticos armados de mapa y calendario han de tacharlos de bárbaros por no haberse sujetado a las reglas. Será necesario que torne a dar un Lampillas para reivindicar nuestros literatos hispano-romanos, o un Forner que, en su *Oración apologética por la España y su mérito literario*, defienda la cultura española de los ataques que la dirigian por el Norte, desde la entrada de los Borbones.

De los ataques del Sur—que, por ser España tierra de paso, ha estado siempre atacada por ambos lados—tuvo que defenderla el Xecundi. Las hordas africanas que penetraron en la Penín-

(1) Murió el Xecundi en 1231. Su *Risala* está incluida en las *Analectes* de Almacari, II, 126-150, y será pronto traducida al castellano por el autor de estas páginas.

sula estaban muy lejos de alcanzar el grado prodigioso de cultura literaria que era corriente entre casi todos los andaluces. Ni aún sus reyes conocían bien el árabe. Cuando los poetas españoles recitaron sus elogios en presencia del almorávide Yúsuf ben Texufin, elogios compuestos por mediación de Almotámid, preguntó el rey de Sevilla al africano: «¿Ha entendido el Príncipe de los Creyentes lo que han dicho?», a lo que contestó Yúsuf: «No lo he entendido, pero sé que piden pan» (1). Cuando Yúsuf retornó a su corte y recibió una carta de Almotámid en que éste, para ponderar el dolor que le causaba su lejanía, empleaba el verso, antes citado, de Abenzeidún:

Al perderte, mis días se han cambiado, y se han tomado
negros, cuando contigo hasta mis noches eran blancas,

el Príncipe de los Creyentes entendió que el rey de Sevilla le pedía esclavas blancas y negras (2). Y, sin embargo, Almorávides y Almohades llegaron a creerse que, por haber dominado en España, eran superiores en cultura a los andaluces, de los que se burlaban y a quienes zaherían. Contra ellos alza su voz Abulgualid el Xecundi y en un delicioso estilo, a la vez levantado y familiar, enfático e irónico, despliega ante los ojos de los incultos marroquíes el catálogo de los ilustres reyes de Andalucía, de sus sabios y de sus eruditos, de sus poetas y de sus héroes, y describe a los vecinos del desierto los paraísos de España: Córdoba y Sevilla, Jaén y Granada, Málaga y Almería, Valencia, Murcia y Mallorca.

Muchos como el Xecundi harían falta ahora en la noble tarea de reivindicar para España la gloria que estos españoles, aunque musulmanes, alcanzaron, dando a Europa, en todos los ramos del saber, la mejor parte de su cultura prerrenacentista. España, cuya literatura medieval era juzgada el siglo pasado por una erudición miope como una secuela de la francesa, es, en la Edad Media, el verdadero eje de la vida cultural europea. Tal es la tesis general que entrevió el Abate Andrés en el siglo XVIII (3) y que, desde comienzos del presente, vienen defendiendo con tesón, en particularizados estudios, los arabistas de España, ante la hostilidad de los extraños y la indiferencia de los

(1) Almacari, *Analectes*, II, 129.

(2) Almacari, *Analectes*, II, 129.

(3) En su obra *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, trad. esp. del hermano del autor, Madrid, Sancha, 1784.

propios, salvo vosotros que, en esta ocasión memorable, como en otras anteriores, les habeis prestado la ayuda y el apoyo a que os inclinan el amor a las letras, la devoción a la justicia y las nobilísimas tradiciones de la ciudad en que vivís. Ni necesitáis estímulo, ni yo, desde mi humildad, me atrevería a incitaros a perseverar en el esfuerzo. Unicamente, y limitándome al tema que he tenido el honor de desarrollar ante vosotros, osaría decir que Córdoba, madre ilustre de poetas, que dió al latín un Séneca y un Lucano, y al castellano un Mena y un Góngora, estaba obligada, como lo ha hecho, a no dejar en el olvido a los deliciosos cantores que trovaron en árabe entre sus muros, cuando aún era, en palabras del Xecundi, كرسى المملكة ومركز العلم, «sede del imperio y centro de la ciencia».

EMILIO GARCÍA GÓMEZ

